

Recuerdos de la Guerra Carlista (1837 a 1839)

por el Príncipe Félix von Lichnowsky

José M.^a Azcona, ilustre compañero en la Institución y amigo cordial, va a publicar en Espasa-Calpe los recuerdos del Príncipe Lichnowski en la primera guerra carlista. Ofrecemos a nuestros lectores las primicias de este trabajo.

(N. de la R.)

PROLOGO

Durante la primera guerra carlista (1833-1840), un buen número de extranjeros vino a España para luchar en uno y otro bando. Los que recalaron en el campo cristino eran, en su mayoría, mercenarios, gentes del oficio, carne de cañón, a quienes los gobiernos de la Cuádruple Alianza enviaron como se envía un cargamento de salitre o una batería de ametralladoras; sin que ello sea óbice para que, por su valor, se hicieran acreedores a la admiración y al recuerdo que la historia les ha dedicado en publicaciones copiosas.

En cambio, los que formaron en las filas carlistas eran voluntarios, gentes de ideal, que luchaban por principios y por primogenituras. Casi todos estos voluntarios carlistas eran franceses y alemanes.

Coincidió aquella guerra con el brote vigoroso del romanticismo en Gottinga y con la senectud y la muerte de la legitimidad en Francia. Ambas causas se hermanaron. La tradición francesa, henchida de recuerdos y la juventud alemana, plena de esperanzas, formaron un nexa que vino a quemarse en holocausto en aquella hoguera de la guerra civil española.

¡Triste condición y, al propio tiempo, honroso destino el de nuestra tierra que ha de servir de campo de Agramante y de palestra en las lides ideológicas!

Muchos de aquellos franceses y alemanes, que lograron sobrevivir y volver a su patria, dejaron escritas sus memorias. Algunas de estas memorias son ya conocidas en España; pero otras muchas, sobre todo las alemanas, pueden considerarse como inéditas, a causa de la barrera del idioma.

Hace ya algunos años que publiqué unas listas de estas producciones literarias (1) para aumentar el elenco de Foulché-Delbosc y de Farinelli. Algunos curiosos quedaron admirados ante la copiosidad del repertorio. Tal vez hoy mismo produzca sorpresa a muchos de mis lectores la noticia de que en la primera guerra carlista lucharon en España, en las filas de don Carlos, tres príncipes alemanes: Stolberg, Schwarzenberg y Lichnowsky.

El primero murió en Sara, a donde fué llevado desde Lesaca en unas parihuelas. Su amigo el obispo Melchor Diepenbrock y el párroco de Sara, Landeretche, que asistió en sus últimos momentos a Stolberg, han perpetuado su recuerdo.

El segundo, el príncipe Federico Carlos de Schwarzenberg, Landgrave de Sulz y Klegau, caballero de Malta, no necesitó de trompetazos ajenos para vocear su fama. Manejaba la pluma tan bien como la espada y publicó varios libros que, desgraciadamente, se han hecho rarísimos, pues se tiraron en ediciones privadas de corto número de ejemplares.

Por último, el príncipe Félix von Lichnowsky, primogénito de la primera línea de su estirpe, que tuvo una participación directa en la guerra y en la política del partido carlista, dió a luz sus recuerdos en Francfort (2).. Fueron traducidos al francés (3), y aparecen hoy, por vez primera, en castellano. Sería oportuno el recuerdo de otros alemanes: militares expertos como von Rahden y von Goeben. diplomáticos conspicuos como von Yaerst, aventureros como Laurens y fracasados como Gotieb Mils, que buscaba la muerte. Dejo de lado, por ahora, el estudio de sus publicaciones y las de otros paladines de la legitimidad que, entre las brumas nórdicas, al pie de las montañas del Tirol o a orillas del mar de Pomerania añoraban las caricias del sol español.

(1) Desiderata. Guerres carlistes. Livres allemands. Tafalla, imp. Albéniz, 1931.

(2) Erinrerungen aus den Jahren 1837, 1838 und 1839. — "Victrix causa Diis placuit victa..." — (flor de lis). Krankfurt am Main. Druck und Verlag von Johann David Sauerlander. 1841. In 8, dos tomos de 376 y 396 págs., Segunda edición de Frankfurt a. M., 1848.

(3) Souvenirs de la guerre civile en Espagne. (1837 a 1839) Par le Général Prince F. Lichnowsky. "La vie après la guerre est une ennuyeuse faction. Raupach." Paris, au Dépot, 13, rué du Cimitière-Saint-André. Et chez J. Dumaine, Rue et passage Dauphine, 36. 1844. In 8, dos tomos de 369 y 310—(5) págs. Versión de Ida, condesa de Bocarmé.

También sería oportuno aprovechar la circunstancia de este renacimiento de la curiosidad histórica que se nota hoy en España, sobre todo en lo que se refiere al siglo XIX, tan calumniado y tan fecundo, y utilizar las relaciones de amistad hispano-germanas para dar a conocer estas obras fundamentales en las que los extranjeros reflejan sus impresiones con una visualidad más precisa y con mayor clarividencia, en ciertos aspectos, que los naturales, quienes, por estar dentro del bosque, no conocen sus Enderos.

Vayan por delante estos recuerdos de Lichnowsky a los que seguirán de cerca, si Dios me da salud, los del barón von Rahden, otro alemán amigo del príncipe y compañero en sus campañas de España. Dos libros paralelos que se complementan y se perfilan mutuamente.

Felix María Vicente Andrés Lichnowsky hijo primogénito

del príncipe Eduardo y de la princesa Leonor, hija del conde Carlos de Zichy, ministro de Estado de Austria, vino al mundo el 5 de abril de 1814. Ostentó los títulos de príncipe de Lichnowsky, conde de Werdenberg, señor de Woschutz. Poseyó los mayorazgos de Kuchelna, Grabowka, Krzyzanowitz y Bolatiz y el señorío de Graetz. En el almanaque de Gotha (1836 y 1848) puede verse la prestancia de sus títulos y la extensión fabulosa de sus propiedades, entre ellas una ciudad y diez y nueve pueblos en la Silesia austríaca y veintiséis poblados en la Silesia prusiana.

Durante su juventud sirvió en el ejército prusiano, alternando el ejercicio de las armas con el estudio de las letras y de la historia, que tan fecunda en sucesos fué durante los primeros años del siglo en Europa. Educado en el ambiente cultural del castillo de Graetz, cerca de Troppau y del palacio de Krzyzanowitz, próximo a Ratibor, hizo sus primeros ensayos literarios en las publicaciones periódicas alemanas. De su sensibilidad artística percibimos algunos destellos en las páginas que siguen. Venios en ellas con qué deleite descubre en España algunas obras maestras de la pintura y cómo las anota con el afán del coleccionista y la admiración del técnico. Vemos también cómo vibra su alma ante las sugerencias poéticas del castillo de Gormaz y de las vegas de Levante y cómo se extasía oyendo los cantos populares. Para medir el grado de su cultivo musical baste recordar que Beethoven había

dedicado su segunda sinfonía y algunos tríos al príncipe Lichnowsky.

A principios de 1837 aparece en el Cuartel Real de don Carlos. Tenía entonces veintitrés años.

Ha abandonado sus señoríos de la Silesia austríaca y sus baronías de la Silesia prusiana para formar en el séquito de un príncipe errante, nuevo rey Léar, sin más tierra que la que pisa, ni otra condición que la de pretendiente. Ha trocado la compañía de List, de la duquesa de Abrantes, de Beethoven, de madame Stael, por el corro del cura de Los Arcos y por el compadrazgo de Manuelín y de Mosen Benet.

¿Qué impulsos le movieron a este viaje? El nos dice que vino atraído por una causa que consideraba justa y sagrada. La Gaceta de Hannovre (4) dio la noticia de que el príncipe Lichnowsky, corresponsal de La Gazzette de l'Etat de Prusse, había sido nombrado ayudante del infante don Sebastián. Añade que el príncipe es un joven de talento y recomienda a Prusia que, siguiendo el ejemplo de Federico el Grande, envíe oficiales de su ejército a donde haya guerras para que adquieran experiencia, uniendo la práctica a la teoría.

No es fácil dilucidar en el complejo del impulso que movió al príncipe para venir a España. Habrá que añadir, como un elemento más de ese complejo, el recuerdo de las relaciones amistosas de la Corte de Prusia con don Carlos, a quien ayudaba en unión de Austria, de Cerdeña y de Prusia; y que el rey Federico Guillermo III no limitaba su ayuda a una actitud simpatizante, sino que había enviado a don Carlos una suma aproximada de 500.000 táleros. La policía francesa se lamentaba de haber dejado escapar al obispo de León, que traía de Alemania cerca de tres millones de francos, a mediados de 1836 (5).

El hecho es que, a principios de marzo de 1837, Lichnowsky se hallaba entre los carlistas con quienes compartió durante dos años las penalidades de la guerra, la gloria de sus éxitos y la amargura de sus fracasos.

En poco tiempo recorrió el escalafón y llegó a general de Brigada. Antes de terminarse la guerra hizo varios viajes al extran-

(4) Noticia copiada por el Journal de Frankfurt el 4 de agosto de 1837, citado por Farr en *A Traveller's Rambling reminiscences of the Spanish War...* London, 1828, p. 206.

(5) Lucien Porte. *Aux écoutés du carlisme*, p. 107.

jero, empleado en misiones diplomáticas o financieras de cuyos resultados guarda reserva. Es lástima que no juzgase prudente la publicación de aquellas negociaciones que tendieron a la proclamación de Carlos V como rey de España en las islas Filipinas. Es una página de la historia que ha quedado esbozada por Pirala y recogida insuficientemente por Villa Urrutia, en la que intervino como mediador, o como iniciador acaso.

Esta reserva de diplomático, que envuelve en el misterio a ciertos personajes legitimistas de Marsella, de Toulouse, de Salzbouurg o de Módena, no le impide hacer blanco de sus diatribas a otros personajes españoles a quienes trata con excesiva dureza y aun con injusticia. La traductora francesa ha cubierto con la piadosa máscara de unas iniciales algunos de estos nombres cuya vindicación no es ya oportuna ni necesaria. Baste dejar consignado que no comparto ciertos juicios que revelan no poca presunción en un joven de veintitrés años.

El mismo autor aparece siempre como si estuviera colocado en un plano superior al medio que le rodea. Sus opiniones son rotundas, sus juicios definitivos. Para él no existen las medias tintas ni le inquietan las sutilezas de un análisis psicológico. Esta manera simplista de ver las cosas y los hombres le lleva en algunas ocasiones a formular conceptos atrevidos.

Tiene un criterio individualista, cree en los directores y en los generales más que en las masas. Maroto o Cabrera son capaces, por sí solos, de variar el rumbo de la historia. Los reyes son cosa divina, no puede juzgarse de sus actos de los que solo a Dios deben rendir cuentas. Se comprende que un hombre así tuviera admiradores y también que tuviera enemigos.

Sus compatriotas y compañeros en aquella campaña, especialmente von Goeben y von Rahden se hacen lenguas de su valor y de sus dotes de mando. A ellos tendrá que acudir quien trate de escribir la biografía de Lichnowsky ya que él escamotea su propia actuación y hasta sus heridas y sus intervenciones guerreras, a las que alude con la mayor indiferencia.

Para que mis lectores puedan apreciar la medida de Lichnowsky en relación con sus propios méritos, haremos un esbozo de la batalla de Villar de los Navarros. Antes de comenzar la batalla, Lichnowsky y el barón de los Valles hacen caracolear sus caballos frente a las líneas Cristinas. El enemigo

acepta el reto, se destacan algunos coraceros cristinos y el chis chas de los aceros inicia el preludio de aquella sinfonía guerrera.

Terminada la escaramuza, las fuerzas contendientes se colocan alineadas, unas frente a otras, como en una parada. ¡Ah! La batalla de Villar de los Navarros fué la última batalla romántica con formaciones previas, elección de campo, toques de clarín, paladines y corceles, lanzas y gonfalones. Sólo faltaban las tribunas con damas enjubonadas, de capirotos puntiagudos y mangas de alforja.

Los jefes iban poniendo sus batallones como se ponen las piezas de ajedrez antes de comenzar la partida, sin prisa, ordenadamente. Las fuerzas estaban equiparadas: unos ocho mil hombres de cada lado. Todo ello a menos de quinientos pasos, bajo un sol de agosto que destellaba en los cañones de los fusiles y en las cazoletas de los sables y que lucía con fuerza para que se pudieran ver los adversarios.

Cada bando oía las cornetas y las voces de mando del campo enemigo. Podían contarse los batallones y hasta los soldados.

Terminados los preparativos, pasó algún tiempo sin que se oyera un tiro. El silencio estaba preñado de amenazas. Rahden dibujaba el plano del terreno, como de costumbre. Los ayudantes galopaban de un lado para otro. No parecía sino que los jefes de ambos bandos temiesen iniciar el combate o que no hubiera llegado el momento de arrojar el guante a la liza.

De pronto el príncipe y el coronel Alvarez de Toledo, hijo del duque del Infantado, provocan de nuevo a los cristinos cuerpo a cuerpo y lanzan adelante sus caballos, gritando:

—¡A ellos!, ¡a ellos!

Los húsares cristinos, en cuyas filas está don Diego León, la primera lanza de España, salen al campo y chocan las armas.

De esta manera espectacular dió principio la batalla de Villar de los Navarros que terminó por una magnífica victoria carlista.

El conde de Madeira, Toledo, Luis López (el famoso pintor, hijo de Vicente López), Pablo Sanz, Villarreal, Sopelana, hicieron prodigios de valor. Eran las primeras partes del drama, los solistas del concierto, la levadura del heroísmo y de la acometividad, el imán que atrae los rayos de Jano, el pavés donde se cuelgan las cruces laureadas, el mármol en que se esculpen los nombres inmortales. Se tenían como satélites del astro de la Caballería, el príncipe Lichnowsky. Aquel puñado de bravos se busca, se agru-

pa en lo más recio del combate. El peligro les atrae, la muerte les llama. En aquella batalla había llegado otra vez su momento.

Villarreal se adelanta gritando:

—¡ Príncipe!

El príncipe le sigue y grita, a su vez:

—¡ Rahden!

Corre Rahden tras él y, como un eco, se van oyendo otros nombres:

—¡Bessiéres!, ¡Algarrén!, ¡Toledo!

A cada evocación surge un jinete con el sable en alto. El grupo avanza y decide la batalla.

Aquel combate, como otros en los que tomó parte, pasan luego al papel por los puntos de su pluma con una cautela de diplomático y una frialdad de silesiano. ¡Qué no hubiera escrito un gascón, un hombre de Casteljaloux!

Podría ofrecer otros ejemplos de esta moderación en el escribir que no corresponde a la exuberancia en el obrar.

Tampoco es de extrañar que guarde esta misma reserva

en otros aspectos y escamotee a sus lectores episodios de otra índole en los que Venus desplaza a Belona, siempre buenas amigas y siempre rivales, como buenas amigas, en las lides de la guerra y del amor. Esos episodios que tanto embelesan a las lectoras de historias de príncipes y de guerreros que hay que ilustrar con figuras de damas pálidas, de pelo partido, encajes color de espliego y abanicos de tafetán, y de galanes entallados con el dorman caído sobre los hombros, al desmayo.

Alguna de estas aventuras se deja traslucir en las páginas que siguen. Otras más novelescas, como la del castillo de Loranca, junto a Mondejar, quedan reseñadas en el libro de Rahden.

El vizconde de Arlincourt, hombre mundano que conocía a toda la buena sociedad de Europa, conoció también a Lichnowsky en sus viajes por Alemania y nos lo presenta, terminada ya la guerra carlista, haciendo alarde de un carácter altivo y violento (6).

El príncipe está en Francfort. Se aloja en el Hotel del Gran Emperador, título pomposo que suele subsistir en algunas ciudades

(6) El Peregrino escrito en francés por el vizconde d'Arlincourt y traducido por D. Jaime Tió. Barcelona, 1842, págs. 178 y sigs.

Recuerdos de la Guerra Carlista (1837 a 1839)

en las que han desaparecido los emperadores y quedan los hoteles. En Chartres se llama **Hotel del Gran Monarca**, como se llaman **Royal** o **Imperial** las mejores calles o los productos más selectos de las factorías en los países republicanos. Les gusta, como a todos los venidos a menos, recordar grandezas pretéritas.

El príncipe es mozo, galán, de elevada alcurnia, ciñe su cintura la faja de general, está en correspondencia con List y con la duquesa de Abrantes, Beethoven ha dedicado algunas composiciones a Lichnowsky y hasta Heine, el hombre más mordaz y de mayor talento de su ciclo, sin excluir a Voltaire, lo mira con recelo, con la alarma de verle invadir su coto literario, que cree reservado.

Heine, el hombre sin patria y sin religión, cuyo abuelo era un judío chiquitín con unas barbas largas, no puede soportar que Lichnowsky sea príncipe y que sea católico, que su nombre figure en el Gotha y que escriba con una orientación definida en política y en religión.

Y Heine redacta aquel poema satírico (7) en el que Lichnowsky aparece corriendo la caravana y enseñando su osa Atta Troll en el corro dominguero de los poblados (8).

No es extraño que Lichnowsky pasease su melena rizada por las calles de la ciudad del Maine midiendo de arriba abajo a los transeuntes y hasta sosteniendo la mirada de la princesa reinante

(7) Atta-Troll, fantasía de una noche de Estío.

(8) He aquí la versión de algunas estrofas del poema **Atta Troll**:

Cuando don Carlos tuvo que huir
con toda su Tabla Redonda
y los más de sus paladines
tuvieron que dedicarse a un oficio

El señor Schnapphahnsky, (1)
nuestro caballero de la Fe
se hizo domador de osos
y recorrió el país con Atta Troll y Mumma.

Hace bailar a ambos
en las plazas, ante el pueblo.

(Cap. I. Estrofas 12 y 12)
Todo su botín de guerra,
veintidós monedas de plata,
que llevó a España,
fueron presa de Espartero.

Ni siquiera pudo salvar el reloj.
Quedó en Pamplona
en la casa de empeños.
Precioso, de plata pura, recuerdo de familia.

(1) Con esta palabra, **ganapansky**, inventada por Heine, que quiere decir algo así como ganapán, designa a Lichnowsky,

Corrió a grandes pasos
pero, sin saberlo, al huir,
ganó algo mejor
que la mejor batalla: ¡un corazón!

Más adelante, en el cap. XXIII, estrofa 9 y siguientes, vuelva a aludir al príncipe
En una cueva se encuentra el oso Alta Troll
con sus crias, que son hembras. Una de ellas
ha sentido las flechas de Cupido. Ama a un hombre. Este hombre se llama Schnapphahnsky.

En la gran retirada
pasó por allí (Lichnowsky)
una mañana, por la montaña.

Sí, le ama a él, al enemigo secular
¡oh desventurada osita!
Si su padre supiera este secreto
bramaría espantosamente.

Como el viejo Odoardo
que, con altivez,
sacrificó a Emilia Galotti,
así Alta Troll.

Antes matar a su hija,
matarla con sus propias garras,
que permitir que caiga
en los brazos de un príncipe.

en el ducado de Hesse con cuyo mando el duque de Nassau había tenido una querrela poco antes.

D'Arlincourt hacía el papel de los amigos prudentes que tratan de evitar cuestiones y procuraba apartarle de los lugares frecuentados. Pero Lichnowsky sigue buscando camorra y se dirige al Kursaal, sitio de reunión de la buena sociedad. Al entrar en el salón se vuelve, colérico, hacia un concurrente y le dice:

—Señor Pagogeff, me parece descortés e impertinente que os atrevaís a pasar delante de mí con el sombrero puesto.

Se concierta un duelo y salen a la calle. Lichnowsky toma a D'Arlincourt por padrino y el conde de Pagogeff, que es de origen ruso, a un joven llamado Chrapovitsky a quien encuentra en la calle, al azar. Chrapovitsky es oficial del ejército ruso y lleva el brazo en cabestrillo. La cosa hubiera terminado mal sin la aparición de una mujer, madama de Kazadief, que se apoya en el brazo de Lichnowsky y desaparece con él en una penumbra de balaustradas y árboles llorones. Era el tiempo del claro de luna, de los sauces y de los perros carlines.

María Luisa Tail ha incluido al príncipe Lichnowsky entre

los últimos románticos (9). El romanticismo es un concepto de significación tan diversa, antagónica en algunos extremos, que no sé si le cuadra la inclusión. Es muy difícil catalogar a los hombres y meterlos dentro de cajas rotuladas y ahora hemos descubierto que el romanticismo es una cosa abominable y nefanda. No me refiero a este concepto filosófico y roussonianos del romanticismo sino a su significado tradicional. En este aspecto de exaltación del sentimiento, podemos calificar de romántico a Lichnowsky por su sensibilidad artística y poética, por el sacrificio de sus comodidades y de su vida a los dictados del ideal y hasta por su propensión a esa enfermedad fantástica que "aquejaba a los alemanes, una especie de melancolía llena de encanto llamada "Schwarmerisch". a la que el propio príncipe designa con el nombre de "Frühlingswehen", o **mal de primavera**, que coincidía con el despertar de la naturaleza y con el brote de los árboles. cuando se deslían al amanecer las aguazones y el sol regala los campos blancos de rocío.

La evocación de la patria lejana con aquellas notas del Oberón canturreadas por el conde de Pina y acompasadas por los ca-

(9) Les derniers romántiques. París, Plon.

ballos en el caminar cansino de la noche; la emoción de aquel "es leben der Koning" que profieren los alemanes del batallón extranjero carlista; su reacción ante el paisaje y su manera de apreciar las conmociones históricas y de predecir los sucesos políticos, tienen una factura romántica.

Aplazada la guerra civil española y reintegrado a su patria, siguió trabajando en pro de sus ideales con la pluma y, al propio tiempo, como agente de su príncipe en países extranjeros.

En agosto de 1842 desembarcó en Barcelona, de vuelta de Portugal, de cuyo viaje quedó constancia en un delicioso libro del que se hicieron dos ediciones en la lengua de Camoens (10).

Malos vientos corrían por entonces en Barcelona para los carlistas. En este flujo y reflujo de la política española del siglo XIX, que no eran sino el ir y el venir de las idas y de las tornas de la política europea, había tiempos de libertad y épocas de despotismo; pero se daba la paradoja de que los tiempos de libertad eran los menos propicios para la libertad misma, hasta el punto de que hicieron axiomática aquella frase:

—¿Viva la libertad? Atranca la puerta.

Por entonces gobernaban los progresistas. Se había votado la venta de bienes eclesiásticos y la supresión de mayorazgos, capellanías y fundaciones piadosas; todo lo que se suele suprimir cuando soplan aires de fronda. Martín Zurbano era un héroe nacional y los milicianos hacían temblar el pavimento con el ruido de sus tacones. Aquellos milicianos que guardaban el morrión» debajo del mostrador, de quienes decía un periódico satírico del tiempo:

Viva el duque (11), a pasar lista,
 miliciano, a la parada,
 miliciano, a la revista.
 Mire usted: parece nada
 y cansa el ser progresista.

En estas circunstancias amarró en Barcelona el vapor francés "le Phénicien" el 20 de agosto de 1842. En el viajaba el prín-

(10) Portugal. Erinnerungen aus dem Jahre 1842. Dextra tenet calamum, strictum tenet altera ferrum. Ovid. Heroid. XI. (flor de lis). Mainz. Verlag von Victor von Zabern. 1843. In 8, 450-(2) págs. Portugal. Recordações do anno 1842 pelo Principe Lichnowsky. Traducido do allemao. Lisboa na imprensa nacional 1844. In 8, VIII, 207 págs. Segunda edição correcta e annotada, 1845. VI, 222 págs.

(11) Espartero, duque de la Victoria.

cipe Lichnowsky. Desembarcó en compañía de su secretario, el conde Alejandro Teleky, y de dos ingleses, el capitán Drew y el reverendo Daniel Moore.

Corrió la voz de que uno de los viajeros era un general carlista que venía a conspirar y que había maltratado y escupido a un español a consecuencia de una discusión política. Poco a poco fué creciendo la bola de nieve y, ya no era un general cualquiera, sino dos generales, Cabrera y Polo. El pueblo se echó a la calle, los milicianos se pusieron los morriones y se armó la bullanga. Se veían esas caras siniestras y esos tipos rencorosos que salen a flor en días de algaradas.

Los esfuerzos del cónsul de Prusia d'Ogny, un pobre viejo que se puso de tiros largos con su uniforme bordado, y las protestas de los súbditos de S. M. británica no consiguieron librar a los extranjeros de las iras del populacho, que gritaba sin cesar:

—¡Muera Cabrera! ¡Muera Polo!

Detenidos y guardados por centinelas de vista en el Hotel de las Cuatro Naciones, el príncipe se asomó al balcón para deshacer el error. Desgraciadamente, entre los manifestantes, vociferaba un sujeto hecho prisionero en el fuerte de Queralt, a poca distancia de Berga, en 1838 y reconoció al príncipe a quien había visto en el séquito del Tigre, como llamaban al conde de España. El ex-prisionero comenzó a discursar contra los "facciosos". Las Ramblas se iban llenando de gente en actitud cada vez más amenazadora. Acudió el jefe político, un tal Gutiérrez, con su faja azul y dorada, y comunicó a los extranjeros que quedaban presos hasta nueva orden. El príncipe tuvo una discusión violenta con Gutiérrez y le exigió el tratamiento de Alteza.

Pero los manifestantes no se conformaban con la prisión y nombraron una comisión de milicianos para pedir un castigo ejemplar. Lo que pedían los milicianos era la cabeza de los detenidos.

El cónsul prusiano hablaba de sacar a la calle un regimiento de Dragones para despejar las Ramblas. El príncipe, que conocía la lentitud de las decisiones en las autoridades, temió que, para cuando salieran los Dragones, la turba estaría ya jugando a la pelota con su cabeza.

En efecto: habían forzado las puertas del hotel y puesto escalas en la fachada para penetrar por los balcones, cuando el hijo del cónsul de Cerdeña ocultó a los viajeros en una habitación interior guiándolos a través de recovecos y pasillos de laberinto.

Apenas habían salido del cuarto que ocupaban, cuando penetraron en él los revoltosos armados de cuchillos.

Salieron del hotel y se refugiaron en una casa contigua de la que, para mayor seguridad, el jefe de policía los llevó a la prisión de la Casa Consistorial.

La prisión recibía luz por un ventanuco junto al techo. Por este ventanuco comenzó a llegar el rumor de las turbas que no habían perdido el rastro.

Lichnowsky se encaramó sobre los hombros del conde, aplicó el oído a las rejás de la ventana y pudo darse cuenta de que trataban de asaltar la prisión.

Los manifestantes incitaban a los milicianos de guardia a que abriesen las puertas, alegando que se deshonoraban protegiendo a los facciosos. Tenían razón. ¿No imperaba un régimen de libertad? El pueblo era libre para hacer lo que le viniera en gana, tenía gana de cortar cabezas, ¿por qué no había de cortarlas libremente?

Los guardianes no atendían a razonamientos y se resistían a entregar los presos, pero hallaron una fórmula: cuando se hiciera el traslado a otra cárcel, ellos harían la vista gorda y entonces se podrían poner en práctica la ley de fugas, que era cosa reciente, ya que, pocos años antes, había ideado su ejecución el coronel constitucional Rotten, que la ensayó varias veces en su famosa calesa de la muerte; en uno de aquellos ensayos pereció, con la anuencia de Espoz y Mina, el obispo de Vich, Strauch.

A las once de la noche lograron escapar, por la puerta trasera. Fueron llevados en carruaje a la prisión de Montjuich.

Los periódicos de Barcelona dieron cuenta de aquellos sucesos, cada cual a su manera. "El Papagayo", a pesar de su ideología republicana, tomó la defensa del príncipe contra "El Constitucional" y y otros diarios gubernamentales (12).

El jefe de la prisión de Montjuich, llamado Jover, era complaciente y asequible. Facilitaba la visita y los regalos de los cónsules de Prusia, Austria, Cerdeña y Franria. Este último era el benemérito Fernando Lesseps que hizo famoso su nombre con la apertura del canal de Suez y el proyecto del de Panamá.

La ventana de la celda daba a un patio en el que solía pasear

(12) El *Católico*, periódico de Madrid, 1842. t. X. págs. 456, 486, 501, y sigs.. transcribe las informaciones de *El Constitucional*, *El Papagayo* y *El Imparcial*.

un centenar de criminales de la peor especie, que hacían un ruido infernal. Por aquella ventana vieron aparecer un día la cabeza siniestra de un facineroso que les pedía cigarros. Habían formado la escala de los ladrones, poniéndose tres, dos y uno, para llegar hasta la altura de la ventana.

El príncipe les dió cigarros a cambio de una hora de silencio y se puso a despachar la correspondencia. Poco tiempo duró la tranquilidad que fué interrumpida por un espectáculo macabro: sacaban a un condenado a muerte que iba a ser ajusticiado en garrote vil, la última conquista de la demagogia, que había abolido la horca. Debió de afectarse con aquel augurio. El conde Rodolfo de Apponyi (13). refiere haber llegado a París una carta angustiosa del príncipe. Aumentó su intranquilidad la noticia de que fragata ha venido para recogeros. Sus cincuenta y dos cañones púlacho y de la indolencia de las autoridades —les dijo. —Esta Martín Zurbano se acercaba a la capital con facultades para formar Consejos de Guerra. Temió seriamente por su vida.

"El Constitucional" arreciaba en su campaña difamatoria para excitar a las masas. Uno de aquellos días reprodujo la historia del Kursaal de Francfort en la que Lichnowsky encarna el tipo del espadachín petulante y despótico (14).

Por fin, al cabo de diez días de angustias y sobresaltos, vieron entrar en la celda a Mr. Lesseps con cara radiante. Les hizo asomarse a la ventana y les mostró una hermosa fragata anclada en el puerto en la que ondeaba el pabellón francés. Era la fragata de guerra "Venus".

—Ahora podéis estar seguros de escapar de las iras del po y los hombres de su tripulación os protegerán.

Al día siguiente llegó la orden de libertad firmada por Espartero y por el ministro de Estado, conde de Almodovar. Salieron los presos en un coche con bandera francesa, aconpañados de

(13) "Le chargé d'affaires de Prusse vient de me dire avoir reçu une lettre lamentable de Lichnowsky qui a débarqué, avec un espagnol, sur le territoire espagnol; ils y ont été pris et reconnus. L'espagnol a été, á la suite d'un jugement militaire, pendu le lendemain; la même condamnation pèse sur la tête de Lichnowsky: il a donc une peur affreuse d'être pendu et réclame l'intervention des agents de Prusse pour le sauver; pourvu que cette intervention protectrice n'arrive pas trop tard!" 30 agosto. *Journal*, t. III, p. 490.

Como se ve, el conde ha trastocado un poco la noticia.

(14) ...um día o Constitucional deu-se ao trabalho de copiar um romance de muitas paginas, que o V. d'A. tinha impresso no seu livro simplorio chamado *Le Pelerim*, e onde eu era representado como o heroe de una historia profundamente estúpida; o Constitucional reproduzio tudo aquillo para dar una prova do meu genio despótico hasta el extremo. (Portugal, p. 205).

Mr. Lesseps y del cónsul de Austria, Mr. Gibert, y embarcaron en la fragata, galantemente alojados por su comandante Mr. Troude.

Aquella misma tarde levó anclas la "Venus". Una brisa suave hinchaba sus velas y las empujaba camino de la libertad... lejos de Barcelona.

Poco después se levantó un temporal que zarandó al barco durante varios días arrojándolo de Córcega a Cerdeña y de Cerdeña a Menorca. Un hermoso gato de Angora, regalo de la reina de Portugal a Lichnowsky, que iba en una jaula colgada del palo mayor, mayaba desesperadamente cada vez que las olas salpicaban las sedosas madejas de su lomo enarcado. El gato odiaba las salpicaduras del agua tanto como el príncipe temía las oleadas de la plebe. Ambos salieron bufando de Barcelona y ocho días después llegaron a Toulon.

Sin embargo, no fueron los catalanes, sino los propios compatriotas del príncipe quienes pusieron fin a su vida. En

Barcelona faltaron dos elementos inexorables que estuvieron presentes en Francfort, en 1848: la hiena y el judío.

En aquel tiempo la pleamar revolucionaria estaba en su auge en Europa y contagió a Alemania. Las mareas políticas y las epidemias no respetan fronteras.

Alemania no pudo sustraerse a la moda de las ideas demagógicas y socialistas que habían envenenado a Francia. Se anunció el restablecimiento de las corporaciones judías bajo la autoridad del Talmud y de los rabinos, infiltrados hasta en la Academia de Berlín y se obscureció el horizonte hasta el punto de que muchos creían ver cierta analogía entre los reinados de Federico Guillermo IV y de Luis XVI.

Los alemanes trataron de edificar su torre de Babel y convocaron la Dieta de Francfort en la que triunfaron los elementos conservadores y, entre ellos, el príncipe Félix Lichnowsky por el distrito de Ratibor.

Como la Dieta no hacía el juego de la revolución, comenzaron los motines que cada semana mudaban el ministerio.

Siempre ha sido igual la táctica de las izquierdas: el triunfo en las urnas o la revolución en la calle.

Las fuerzas ocultas y los agitadores extranjeros, llegados principalmente de Suiza, provocaron alborotos para intimidar a los diputados y propagar las ideas socialistas que tenían pocos

José María Azcona

prosélitos en Alemania. Trataron de asaltar la iglesia de San Pablo, en la que se celebraban las sesiones y fueron rechazados el 17 de septiembre de 1848.

Entonces se reunieron los amotinados en las afueras de la ciudad, declararon traidores a los diputados de San Pablo y se constituyeron en Convención. La Convención estaba formada por grupos de estudiantes, sociedades obreras y sociedades democráticas.

Aquella noche llegaron tropas de Maguncia, se levantaron barricadas, hubo lucha en las calles y la revolución quedó dominada. Pero en ella habían perecido dos diputados que descollaron en la defensa de los ideales católicos y monárquicos: Auerswald y Lichnowsky. Ambos trataron de salir de la ciudad para ponerse en contacto con las tropas, fueron sorprendidos en una casa de las afueras y asesinados cerca de la puerta de Todos los Santos (Allercilgenthor).

Dos publicaciones debidas a los Doctores Heuser (14) y Koestlin (15) nos suministran amplios detalles sobre el asesinato, que extractaré brevemente.

Los generales Auerswald y Lichnowsky, cuyo rastro habían seguido los amotinados, tuvieron que ocultarse en una casa de los suburbios, propiedad del matrimonio Schmidt. Auerswald subió a la bohardilla. Un grupo de sabuesos dió con él, lo sacaron arrastrando al jardín y en él le dieron muerte. En el jardín apareció la hiena: una mujer que capitaneaba a los asesinos fué la primera en herirle clavándole un paraguas que llevaba en la mano. Aquella hiena se llamaba Zobel. Un muchacho disparó un tiro. Auerswald, herido en la cabeza cayó en una acequia del jardín todavía con vida. Quiso defenderlo un hombre llamado Rau, pero la Zobel gritaba con furia:

—¡No! ¡Matadlo, matadlo a tiros! ¡Traidor!

Otro muchacho le golpeó con la culata y Auerswald recibió varios balazos. La Zobel seguía gritando:

—¡Disparad, que aun vive!

(15) Die Ermordung der **Reichstagsabgeordneten** Generals von Auerswald und Fürsten Lichnowsky zu **Frankfurt a. M.**... von D. L. Heuser. Gaffel, 1850. **In 8, 163 págs.**

(16) Auerswald und Lichnowsky. Ein Zeitbied nach den Acten des Appellations-Gerichtes zu Frankfurt a. M. mit Genehmigung dieses hohen Gerichtshofs dargestellt von C. Reinhold Koestling Dr. un Prof. der Rechte... Tübingen, 1853. **In 8, 287 págs. y un plano.**

¿De dónde salen, qué harán estas mujeres en los días tranquilos en los que no hay que asesinar a nadie?

De esta manera murió el general de Caballería von Auerswald a los sesenta años. Hacía seis meses que había quedado viudo y dejaba cinco hijos de cuatro a doce años. Residía en Rreslau amado y respetado de todos por su buen natural y en la Dieta representaba el distrito de Marienweder.

Una vez rematado Aurswald, las turbas volvieron a penetrar en la casa y hallaron a Lichnowsky escondido en la bodega.

—¡Ya está! ¡Ya ha caído el otro! —«litaban alborozados.

Lo sacaron al jardín a palos y puñadas y le hicieron contemplar el cadáver de su compañero. Después lo llevaron a empellones hacia un descampado conocido por Bornheimer Haide. No faltaron personas piadosas, como el doctor Hodes y el Sr. Pillot, que propusieron llevarlo a Hanau. Pero entonces surgió el judío, un rabino israelita de Friedberg, Saul Buchsweiler.

El judío dió al príncipe un bastonazo en la cabeza y gritaba como un energúmeno:

—¡Muera! ¡Pegadle cuatro tiros!

La Zobel le clavó su paraguas y hacía coro al judío:

—¡A la horca!. ¡Traidor!

En aquella confusión le robaron un reloj de oro.

Iba el cortejo de chacales bajo una avenida de álamos llevando hacia el matadero al príncipe, a palos y cuchilladas. El príncipe sintió renacer dentro de sí el soldado y se arrojó sobre uno de sus asesinos forcejeando para arrebatarle el fusil. El rabino no cesaba de chillar con voz de urraca:

—¡Matadle! ¡Matadle!

Sonaron dos disparos. El príncipe abrió los brazos y cayó al suelo exclamando:

—¡Dios mío!

Le dieron el tiro de gracia en la frente y allí quedó por muerto mientras los verdugos huían, unos a Bornheim y otros hacia Güntersburg.

En aquel momento llegaron las fuerzas del Archiduque para sofocar la rebelión. Recogieron al príncipe, todavía con vida, lo llevaron a casa de von Bentham y después al hospital del Espíritu Santo donde murió a las once de aquella misma noche.

Poco antes de morir perdonó a sus verdugos y declaró su última voluntad dejando heredera a la duquesa Dorotea de Sagan

José María Azcona

y una pensión anual de 500 florines a su criado. Tenía treinta y cuatro años y era soltero. En sus estados y títulos le sucedió su hermano Carlos María Fausto Timoleón.

No puede negarse que había vivido intensamente. Con su muerte quedó rota la fe en el Parlamento, se expulsó a los agitadores y se inició una reacción salvadora contra la anarquía. Su sangre, como la de nuestro Calvo Sotelo, sirvió de reactivo y con ella prestó el último servicio a la causa de Dios, de su patria y de su rey, a la que había consagrado la vida.

Y ahora, como colofón de este prólogo, algo prolijo, voy a mudar la escena para ofrecer a mis lectores un cuadro dibujado por Rahden en oposición a la pintura de d'Arlincourt. La piedad frente a la petulancia, la realidad frente al retoricismo.

Cambiemos la decoración. Hay que mover las bambalinas de los sauces llorones y darles vuelta para representar el camino de Villar de los Navarros a Herrera, entre el vaho de la niebla y el humo de la pólvora.

Entran en escena dos personajes a caballo. Vienen cubiertos de sudor y de polvo y en sus rostros cansados se refleja la satisfacción de la victoria. Son el príncipe de Lichnowsky y el barón de Rahden. Habla el barón: (16)

"El príncipe y yo apretamos los ijares de nuestros cansados caballos con el afán de ser los primeros en llegar a Herrera. Habíamos gustado las mieles de la victoria y nuestros corazones latían con alegría inefable. íbamos bordeando una sima rocosa llamada Cañada de la Cruz, cuando mi compañero extendió el brazo para indicar el camino. En aquel instante oímos el ruido de varias detonaciones y una voz angustiada que pedía socorro:

—¡Señor brigadier, sálveme v., por Dios!

Acudimos al lugar de donde salían las voces y se ofreció a nuestra vista una escena espantosa. Algunos soldados, como leones ebrios de sangre, habían dado muerte a dos oficiales cristinos y se disponían a matar al tercero. El infeliz, en las ansias de la muerte, vió los entorchados de brigadier cuando el príncipe extendió el brazo, y dió aquellas voces que le salvaron la vida.

Poco después, el oficial fué entregado a un sargento de alaveses con orden de conducirlo en seguridad al depósito de prisioneros.

El viejo vasco se cuadró diciendo:

—A la orden de vuestra Alteza, Príncipe.

El oficial se dió cuenta de la condición del brigadier y exclamó, en francés:

—Oh, mon Prince!. que Dieu vous bénisse toujours!

Esta escena quedó grabada profundamente en mi alma y el eco de aquellas palabras aun resuena dentro de mí.

Cuando, años más tarde, mi compañero fué vilmente asesinado sin que hubiera clemencia para él, yo alzaba al cielo los ojos anegados en llanto y preguntaba:

—¡Dios mío! ¿No oíste aquellas palabras de bendición? ¿Por qué no fulminaste tus rayos contra los asesinos?

Mientras escribo estas líneas en mi tranquila morada de Turingia, contemplo con melancolía el retrato de mi amigo y me parece que con la mano me hace un gesto de consuelo y me dice:

—Amado compañero: no permitas que en tu corazón surjan dudas contra la Providencia divina. Dios recompensa siempre el valor y el deber cumplido y yo he hallado ya la recompensa".

José M.^a AZCONA.

Tafalla, noviembre de 1941.